



¿Qué papel debe cumplir el hombre en la evolución? ¿Ha de ser un mero espectador o, por azar, la vanguardia y el eventual director? Hay personas que se encogen de hombros o retroceden ante esta pregunta, por considerarla una manifestación de insana arrogancia. No obstante, puesto que el hombre es un ser racional, y presumiblemente el único, que tiene conciencia de que la evolución se está desarrollando, difícilmente podría dejar de plantearse esas preguntas. Puesto que el problema implícito en ellas es nada menos que el significado de su propia existencia. ¿Vive el hombre sólo por vivir, y la vida no tiene para él más sentido o significado que ése? ¿O bien está llamado a participar en la construcción del mejor de los universos concebibles?

CAPÍTULO X

EL HOMBRE INCOMPLETO

Loren Eiseley

La naturaleza en la que Macbeth, el personaje de Shakespeare, se interna tan infructuosamente con ayuda de brujerías, en la famosa escena del brezal, es algo inolvidable en la literatura. Con horrorizada fascinación, observamos el maligno cambio que se produce en el carácter de Macbeth a medida que adquiere una dudosa comprensión del futuro que se despliega ante él; un futuro que sabemos que se crea a sí mismo. Esta escena, capaz de producir terror en todas las épocas, resulta hoy casi insoportable para el observador con discernimiento. Su poder radica en la delineación simbólica de la relación entre el mundo de medianoche de Macbeth y el ámbito de la ciencia moderna, una relación captada por pocos.

El buen general Banquo, quien, a diferencia de Macbeth, se muestra cauto ante los destellos de futuro que las brujas dejan ver a los dos compañeros, trata de contener a su impetuoso camarada. “Esto es extraño”, dice Banquo, “y frecuentemente para atraernos a nuestra pérdida los agentes de las tinieblas nos profetizan verdades y nos seducen con inocentes bagatelas para arrastrarnos pérfidamente a las consecuencias más terribles”.

Macbeth, quien en contraste con Banquo ha comprendido inmediatamente el carácter de realidad que se impone a sí misma de las profecías, por fin se libera de sus lazos, sólo para protestar en su hora postrera: “¡Que no se crea nunca en estos demonios juglares [...], que dan palabras de promesa a nuestros oídos y quiebran nuestras esperanzas!”

¿Quiénes, podemos preguntarnos ahora, son estos extraños seres que acechan a Macbeth, y por qué yo, que he consagrado mi vida a la ciencia, tengo la audacia de afirmar que esta vieja historia de asesinatos del alba de la ciencia extiende sus sombras más allá de los umbrales de nuestros modernos laboratorios? Estas criaturas barbudas y sin sexo, que tienen la facultad de desvanecerse en el aire o que reaparecen en algún paisaje último y envuelto en llamas sólo para burlarse de nuestra insensatez, son una parte exteriorizada de nosotros mismos. Son proyecciones de nuestra psique, fuegos fatuos que proclaman nuestras intenciones subconscientes y las refuerzan con délficos pronunciamientos, verdades a medias que conscientemente aceptamos y luego adquieren poder sobre nosotros. Bajo el hechizo de estos oráculos creamos no un futuro necesario o real, sino una impostura extraída de nosotros mismos



que luego imponemos sobre la realidad mediante poderes puramente humanos. Desde luego, podríamos decir que estos fantasmas crean un mundo que es al mismo tiempo espúrio y genuino, tan complejo es nuestro destino humano.

Toda época tiene un estilo propio para estas proyecciones necrománticas. Las adivinaciones mediante la elevación de cadáveres de los hechiceros isabelinos fueron reemplazadas en nuestra época por interpretaciones diferentes y, a primera vista, más científicas del futuro. Hoy sabemos más acerca del hombre, de dónde proviene, qué podemos esperar de él, o así lo creemos. Pero creo que hay una cosa que identifica a los “demonios juglares” de cualquier época, ya se trate de espíritus pavorosos que se muestran como brujas, astrólogos, o de los tecnólogos actuales. Esa cosa es su pretensión de omnisciencia, una ciencia afirmada sólo a medias sobre la base del pasado o de un especioso presente, y que carece siempre de un genuino conocimiento del futuro. La característica principal del futuro que ellos presentan es su carácter fijo, estático, inflexible.

Este futuro fija un destino que se encuentra fuera del alcance del deseo de cambiar del hombre, del mismo modo en que los demonios, mediante la profecía, produjeron en Macbeth una transformación de carácter que luego creó la tragedia inevitable. Hasta el momento en que la aparición de las brujas en el brezal le diera forma, esa tragedia sólo existía como una posibilidad latente del subconsciente de Macbeth. De modo semejante, en nuestro tiempo podríamos señalar a quienes tratan de controlar el destino del hombre mediante la evocación de su pasado. Su hechicería es engañosa porque sus hechizos son tramados a partir de una porción genuina de la realidad, la que, empero, ha adoptado esa cualidad siempre identificable de la fijeza en medio de un universo donde nada es fijo. El mono está siempre en nuestros corazones, se nos hace decir, aunque cada vez que nace un niño entra en el universo algo total y genéticamente único, como ocurría hace mucho tiempo cuando los grandes líderes éticos —Cristo, Buda, Confucio— hablaban a sus discípulos.

El hombre elude toda definición, aun cuando los modernos fantasmas con ropaje militar proclaman —como los hemos oído hacerlo— que el hombre luchará de un extremo al otro del sistema solar, y más allá. Por supuesto, el peligro está realmente allí, pero es un peligro que, aunque en parte se encuentra en lo que el hombre es, se halla también mucho más cerca de lo que él elige ser. Toda la historia del hombre es una historia de trascendencia y examen de sí mismo, que ha llevado tanto hasta las cumbres angélicas del sacrificio como a las más estériles regiones de la desesperación. El futuro no está realmente fijado, pero el escenario del mundo está invadido por el humo de las calderas de quienes quieren crear el mañana evocando, antes que exorcizando, los acechantes fantasmas del pasado.

Incluso este pasado, empero, es más profundo y está más preñado de novedades que las que el realista de corto alcance puede imaginar. Como evolucionista, el pasado nunca ha dejado de asombrarme. Está preñado de más características que las que un mundo puede realizar.

Quizás eso llevó al filósofo Santayana a afirmar que las verdaderas naturalezas de los hombres no están adecuadamente manifestadas en su condición de cualquier momento particular, y ni siquiera en sus hábitos usuales. “Su verdadera naturaleza”, afirmó, “es lo que ellos descubrirían que son si tuvieran conocimiento de sí mismos o, como dicen las escrituras indias, si se convirtieran en lo que son”. Quisiera considerar este misterio de la persona que tanto intrigó al gran filósofo, a partir de un sendero humano sembrado de todos aquellos elementos con los que un arqueólogo puede abrirse camino.

Contemplación del pez

Permítaseme ilustrar lo que quiero decir mediante un elemento muy pesado y peculiar que he conservado sobre mi escritorio. Ha sido cortado a lo largo; en negro carbón, impreso en la pizarra gris, se halla el perfil de un pez. Los elementos químicos que lo componían —la mayor parte de ellos, por lo menos— todavía se encuentran allí, en la piedra. En cierto sentido, son imperecederos. Pueden ir y volver, entrar y salir de las cosas vivas, escurrirse en la larga erosión del tiempo. Son inanimados, aunque alguna vez constituyeron una criatura viviente.

Suelo sentarme ante mi escritorio para contemplar el pez. No tiene por qué ser forzosamente un pez. Podría ser el bisonte de largos cuernos de Alaska que está sobre la pared. Pues lo importante es que el pez se ha extinguido y desaparecido, al igual que esas grandes bestias de pesadas cabezas, al igual que nuestros antecesores de rostro masivo y paso vacilante de la Edad de Hielo. Los elementos químicos que aún se encuentran entre nosotros habían tomado una forma que nunca volverá a verse mientras el pasto crezca o el sol brille. Sólo una vez en todos los tiempos hubo un modelo al que llamamos *Bison regius*, un anfibio con la forma de pez llamado *Ichthyostega* y, en la actualidad, un primate que conoce, o cree conocer, todos los hechos. En el pasado hubo corazas; hubo brazos que surgían de gargantas semejantes a hornos de hierro; hubo luces fantasmales en los bosques sombríos, y reptiles dentados aleteando por los aires. Todo se ha convertido en carbón y sus compuestos, la negra mancha corriendo perpetuamente a través de la piedra.

Pero, aunque conozcamos los elementos, ninguna de aquellas formas es ahora recuperable. Ningún químico viviente puede dar forma a un dinosaurio, ninguna mano puede iniciar las soñadoras extensiones tentaculares que caracterizan la vida de la más simple de las células ameboideas. Por último, como el más grande de todos los misterios, yo, que escribo estas palabras sobre el papel, no puedo establecer mi propia realidad. De acuerdo con cualquier lógica razonable y ponderada, yo estoy muerto. Esto puede preocuparle a usted, que lee estas palabras; pero, por si eso le sirve de consuelo, puedo asegurarle que usted está tan muerto como yo. Puesto que, sobre mi escritorio, para probar mis palabras, está el fósil sobre la piedra, y el carbón de la vida manchando de negro la antigua roca. No hay vida en el fósil. No hay vida en el carbón de mi cuerpo. Mientras esa idea me conmueve —creedme, es



para mí un profundo *shock*— recorro la lista de los elementos. No hay vida en el hierro, no hay vida en el fósforo, el nitrógeno no me contiene a mí, el agua que moja mis tejidos no es yo. ¿Qué soy yo entonces? Pellizco mi cuerpo en un arranque de súbita desesperación. Mi corazón late, mis dedos se aferran a la lapicera. Al parecer, hay aquí una semejanza de vida.

Pero desde el instante en que comienzo a dividir este cuerpo en los elementos que lo componen, estoy muerto. Ellos no me conocen. El carbón no habla, el calcio no recuerda, el hierro no llora. Aun cuando reconstituya apresuradamente sus combinaciones en mi mente, rehaga mis arterias y deje que el oxígeno atrapado por la hemoglobina corra por un millar de conductos, me encontraré sólo con una especie de máquina; sin embargo, ¿en qué parte de este conjunto de serpentina y objetos flotantes que se mueven está el habitante?

¿Desde dónde, a partir de qué lagos con vapor o turbiones hirvientes surgió por vez primera? ¿Qué fuerzas podemos encontrar que lo hayan llevado hasta la costa, le hayan dado a su cuerpo una forma antigua, de reptil, y luego la hayan roto como huevo para dejar salir un animal de piel suave con un corazón más cálido? ¿Y nosotros? ¿No sería bueno que pudiera golpearse suavemente al hombre como a un huevo fértil para ver qué podría salir de allí? A veces pienso en ello cuando tengo en mis manos las calaveras de gruesas paredes de los hombres animales que nos precedieron, o reflexiono sobre aquellas remotas criaturas de pies achatados cuyos huesos yacen en las profundidades de las tierras baldías del mundo, en el mismo fondo del tiempo.

Una pregunta en la noche

Hace tiempo ya que estoy familiarizado con las tinieblas y los terrores nocturnos de esos vastos cementerios. Tinieblas muy similares envuelven la vida individual de cada uno de nosotros. Hay momentos en que, cuando estoy por la noche en mi cama o mientras observo los juegos de la luz de la Luna sobre el cielo raso, estas tinieblas de mí mismo se me presentan con una fuerza avasalladora; entonces yazgo tenso, escuchando como desde lejos, muy lejos, los pasos de mi corazón, o veo mi propia cabeza sobre la almohada, volviéndose inquieta con los ojos redondos y fijos de un buho gigantesco. Murmuro: “¿Quién?”, y no encuentro a nadie sino a mí en la casa silenciosa, dormida, mientras la casa viviente se ha ido a dormir con las durmientes piedras, la silla eternamente dormida, el cuadro que duerme para siempre en el escritorio, lo muerto, también durmiendo, aunque camine en mis sueños. En medio de todas estas tinieblas, este vacío, esta vacuidad, yo, más fantasmal que un fantasma, grito “¿Quién? ¿Quién?”, para no hallar respuesta alguna, sólo consciente de fantasmas más pequeños, como el murciélago que duerme junto a la ventana o el perro que, repitiendo un trozo de su perdida historia, se mueve inquieto entre pastos inexistentes antes de tranquilizarse una vez más sobre el piso.

“Confía en el animal divino que nos lleva a través del mundo”, es

cribe Emerson. Así como el caballo halla el camino por instinto cuando el viajero se ha perdido en los bosques, así el animal divino que está dentro de nosotros, sostiene Emerson, puede encontrar nuevos pasajes en la naturaleza; la metamorfosis humana es posible. Emerson escribió en una época en que todavía el hombre tenía una relación íntima con los animales y seguía caminos salvajes y peligrosos a través de bosques y praderas vírgenes. Emerson y Thoreau vivieron lo bastante cerca de la naturaleza como para saber todavía algo acerca de la intuición y la sabiduría de los animales. No habían alcanzado ese punto de profundo cinismo, esa desconfianza de sí mismo y del pasado humano, que en definitiva lleva a quedar totalmente encerrado en ese pasado, en el “hombre cristalizado”, como, también en este caso, Emerson tuvo la sagacidad necesaria para observar.

Este encierro resulta muy evidente en los trabajos de muchos estudiosos de la historia evolutiva del hombre. Su mirada está fija solamente en un pasado en el cual, comienza uno a sospechar, se ha destilado una cierta dosis de la frustración, el rencor y la desesperación presentes. Como las brujas de *Macbeth*, estos hombres nos seducen con realidades aparentes acerca de nosotros mismos, hasta que estas realidades toman forma en nuestras mentes y se convierten en el futuro. No es necesario romper el código del ADN para controlar el destino humano. La tragedia es que los hombres ya están controlándolo mientras hacen juegos de manos con retortas y agitan redomas en busca de un medio físico para enriquecer sus personalidades. Querriamos contener el futuro incontenible en una copa, si hubiera él cristalizado ante nosotros como un polvo que pudiéramos beber. Todo eso, imaginamos, estaría muy bien.

A medida que crece el conocimiento humano del mecanismo genético, científicos y periodistas bombardean nuestros oídos con ingeniosas descripciones del modo en que, de ahora en adelante, habremos de controlar nuestra propia evolución. Nosotros, que sólo podemos recurrir a un pasado que leemos mal y que nos ha hecho cínicos, ahora nos aventuramos a producir nuestro propio futuro solamente a partir de este pasado. Una vez más, juzgo a esta autoestima un producto de nuestro tiempo, de nuestra tecnología poderosa y mal utilizada, de nuestro deseo de no buscar la vida buena sino de producir una versión mecánica e indolora de la vida, de nuestra disposición a ser buenos si la bondad, en suma, puede ser ingerida como una píldora.

Así estamos otra vez en el brezal de las brujas o, para aproximarnos más a nuestro tiempo, en el laboratorio londinense donde el buen doctor Jekyll produjo una poción y extrajo de su propio cuerpo al monstruo Hyde.

La naturaleza, como he tratado de sugerir en esta pequeña disección, nunca está completa allí donde la vemos. Es algo que se está transformando tanto como pasando, pero la transformación se halla a la vez fuera y dentro del alcance de nuestros poderes. Es esta lección, junto con todo nuestro conocimiento duramente ganado, lo que resulta difícil de comprender. A lo largo de todo el camino evolutivo podría haberse dicho: “Este es el hombre”, si hubiera existido una palabra así, capaz de delinear mágicamente a uno mismo y congelar la mente. Esa



palabra podría habernos inmovilizado en cualquier paso de nuestra jornada. Podría habernos mantenido colgados de la rama de la que concretamente bajamos; podría habernos conservado agachados, con un cerebro pequeño y desamparados, mientras los grandes gatos salían de entre las cañas. Podríamos habernos sobrecogido de terror ante el fuego que después sería nuestra fuente de calor y nuestra arma ante el frío de la Edad de Hielo. En cualquier paso del camino, la palabra *hombre*, podemos decir ahora retrospectivamente, nos hubiera encerrado dentro de esos límites definitivos.

Sin influencias estelares

En cada caso, la barrera fue superada. El hombre no es el hombre. Dentro de nosotros sólo hay ese animal oscuro y divino realizando un extraño viaje, esa criatura que, a medianoche, conoce su propio carácter fantasmal y siente su lejano camino. “La infelicidad del hombre”, admitió Carlyle, “proviene de su grandeza; porque hay un infinito en él, a pesar de todas sus astucias no puede colocarse por completo debajo de lo finito”. Por esa razón, el hidrógeno, que se ha convertido en el elemento demoníaco de nuestro tiempo, debería verse como la daga intangible que pende ante la visión de Macbeth, la que empero, no tenía otro poder que aquel que le prestaba la propia mente de Macbeth.

El terror que enfrenta nuestra época es la concepción que tenemos de nosotros mismos. Por sobre toda otra cosa, ésa es la poción que los modernos doctores Jekyll han fraguado. Como previó Shakespeare: “Se nos ha enseñado desde el estado primigenio, que aquel que es fue deseado hasta serlo”. Esta no es la voz de las brujas. Es la clara voz de un poeta desaparecido hace casi cuatro siglos, que vio en el alba de la edad científica cuál sería el problema más oscuro del hombre: su concepción de sí mismo. Las palabras son quietas, casi crípticas; no predicen. Implican un problema para la libre voluntad. Shakespeare, en este pasaje, nada dice de influencias estelares, copas, maquinarias o pociones. En esencia, sólo dice una cosa: en aquello que deseemos, en eso nos convertiremos.

Afirmo ante ustedes que éste es el mensaje más mortal que el hombre podrá encontrar en toda la literatura. Carga sobre sus hombros elecciones ineludibles. La de Shakespeare es la voz eterna, verdadera, del animal divino, atravesando, como siempre lo hizo, la complacencia de pocos siglos en los cuales los hombres, acampados como si estuvieran en ocultas malezas, trataron de evadir el conocimiento de sí mismos describiéndose como hombres.

CAPÍTULO XI

ERICH FROMM: ¿CUAL ES LA LUCHA DEL HOMBRE?

Ramón Xirau

En el presente ensayo me limitaré a considerar tres aspectos de la teoría de la libertad que se encuentra en la obra de Erich Fromm: 1) la libertad vista dentro de la perspectiva de la historia de la liberación humana, a partir de los textos bíblicos y la tradición oral del judaísmo, considerados como manifestaciones del “humanismo radical”; 2) la libertad según fue buscada y evitada por el hombre moderno, desde el Renacimiento hasta nuestro tiempo, y 3) la libertad como conquista de la conciencia y la experiencia de elegir entre alternativas concretas (alternativismo). Estas dos secuencias históricas y esta experiencia vital, existencial, están ligadas por la concepción del hombre como ser conflictivo y contradictorio que, no obstante, es capaz de progresar hacia la trascendencia, la libertad y una mayor racionalidad¹.

No creo deformar las ideas de Fromm si digo que su pensamiento —en la medida en que se relaciona con la evolución de la libertad— está claramente arraigado en la concepción del progreso humano surgida en el Renacimiento y formulada por Feuerbach y varios socialistas del siglo XIX, anteriores a Marx, y también por Spinoza, Marx, Freud y, hasta cierto punto, Nietzsche.

Al igual que Feuerbach, Fromm cree que la historia de la religión humana —es decir, la historia del espíritu religioso— es la historia de una desalienación progresiva, y de una gradual afirmación del libre albedrío, la razón y el amor entre los hombres. Como algunos de los socialistas a los que Marx injustamente calificó de utópicos (Fourier, Proudhon), Fromm cree que, para la mayoría de las personas, la completa libertad humana se encuentra en el futuro del hombre, no en su presente. Como los humanistas del siglo XIX, Fromm afirma que la historia del hombre es un proceso creador. A diferencia de ellos, manifiesta un respeto más objetivo por las diversas creencias religiosas, aun cuando su pensamiento es no-teísta. Fromm considera el concepto de Dios como una expresión poética de sumo valor para el humanismo.

¹ Estas páginas no deben considerarse como una tentativa de tratar exhaustivamente el tema de la libertad en la obra de Fromm. Doy por supuestos los precisos y cabales análisis que Fromm consagra al doble tema de la liberación y la regresión a lo largo de la mayor parte de sus libros. Pienso especialmente en *El miedo a la libertad*, *Man for Himself*, *Y seréis como dioses* y *El corazón del hombre*, que en mi opinión formulan con suma claridad el tema aquí tratado. Este es un tema que considero fundamental y, al mismo tiempo, escasamente analizado en otras partes.